

Recibido

pytónico

EL LEÓN Y LA LAGRIMA

El ~~pytónico~~ Astiages, ~~maestro~~ proscripto por tiranos cuya ruina predijo, vivía, ciego y caduco, en la soledad de una montaña riscosa. Le acompañaban y valían una hija, dulce y hermosa criatura, y un león, adicto con fidelidad salvaje al viejo mago, desde que éste, hallándole, pasado de una saeta, en el desierto, le puso bálsamo en la herida.

De la hija del mago decía la fama una singularidad, que era natural privilegio: contaban que lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, vefase, en puntual aunque abreviado reflejo, el firmamento estrellado, y aun cierta luz, ulterior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver. Ciaxar, sátrapa persa, que temía en el tédio de la saciedad las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que, en el misterio de sus ojos, llevaba la gloria de la noche. Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente que calaba el corazón bravío de un monte. Ciaxar hizo emboscarse allí soldados suyos; y para el león, fue un sabio nigromante con ellos, que prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó, como siempre, a explorar la orilla breñosa; y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió en ella emponzoñada aspersión que le postró al punto, sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y confiada, llegó su dulce amiga, precipitáronse los raptos a apresarla; buscó con espanto a su león; se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera; y al reparar en que yacía sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió como el diamante que cayese dentro de pérpica ~~alcatifata~~ en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

Ya apoderados los esclavos de la hermosura que codiciaba su señor, el nigromante decidió llevarle, por su parte, otra presa. Aproximose con hierático gesto al león dormido, tendió hacia él las manos imponentes mientras decía su breve conjuro, y el león, sin cambiar una línea en forma ni actitud, trocose al punto en león de mármol; tal era una estatua de realidad y perfección pasmosas. Cortaron bajo la estatua un trozo de tierra, que, convertida en mármol también, sirvió al león de zócalo o peana y con tiro de bueyes llevaron al animal petrificado al palacio del señor.

Cuando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, en frente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta base, bajo el brumoso entablamento, quitando preeminencia a los unicornios de pórvido que recogían a ambos lados del lecho, las alas de espeso pabellón de púrpura, el león en actitud de sueño, dominó la estancia sumuosa.

Pero, en lo interno de esa estatua leonina, algo lento e inaudito pasaba... Y es que, en el instante del hechizo, a tiempo de cuajarse en mármol la melena del león, la lágrima que dentro de ella había se congeló y endureció con ella y quedó trocada en dardo diamantino y agudo. La lágrima, entrañada en el mármol, fue como una gota de un fuego inextinguible dentro de durísimo hielo; fue con inmantada flecha cuyo norte estuviese en el petrificado pecho del león. La lágrima gravitaba al pecho, pero venciendo a su peso resistencias de sustancia tan dura, que cada día avanzaba un espacio no mayor que uno de los corpúsculos que hace desprenderse, del mármol en trabajo, el golpe del martillo. No importa: bajo la quietud e impasibilidad de la piedra; en silencioso ambiente, o entre los ecos de la orgía; cuando las dichas y cuando las penas del señor, la lágrima buscaba al pecho.

¿Cuánto tiempo pasó antes de que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrarse al través del espacioso tórax, y llegase a su centro, partiendo el corazón endurecido?

Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hundísimos silencios en la estancia. Solo la vaga luz que alimentaba el aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrepito, dormía. De pronto, hubo un rumor como de ~~levísimo~~ choque; duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por todo su cuerpo. Y cual si resucitara, todo él revistióse en un instante de un cálido y subido tinte de oro; en el fondo de sus ojos abiertos apuntó roja luz; y la mustia melena comenzó a enrularse como mar en donde el viento hace ondas. Con empuje que fue al principio desesperanzo; después, movimiento voluntario; luego esfuerzo iracundo, el león arrancó del zócalo los tendidos jarretes, que hicieron sangre manchando la blancura del mármol; y se puso

de pie. Quedó un momento en estupor; la ondulante melena encres pose de un golpe, rasgó los aires el rugido, como una recia tela que se rompe entre dos manos de Hércules...Y-- cuando tras un salto de coleso, las crispadas garras se hundieron en el lecho macizado de plumas, quien estuviera allí sólo hubiera visto bajo de ellas una sombra anegada en un charco de sangre miserable; y hubiera visto después, los vidrios de colores, los entablamentos de cedro, los lampadarios y trípodes de bronce, que rodaban en espantosa confusión, por la estancia, y el león, rugiente, que revolvía el furor de su destrozo entre ellos, mientras la lágrima, asomando fuera de su corazón, como acarada punta, le teñía el pecho de sangre.